

La zorra y la cigüeña

Hacía mucho tiempo que la zorra y la cigüeña no se veían, cuando un día se encontraron por casualidad. A la zorra le molestaba el airecito altanero con que caminaba la cigüeña y se le ocurrió hacerle una broma. Después de saludarla amablemente, la muy astuta le dijo, zalamera:

—Para celebrar nuestro feliz encuentro, te invito a cenar a mi casa.

La cigüeña aceptó complacida creyendo en la sinceridad de la invitación y, poco después, estaban las dos conversando tranquilamente en casa de la zorra. Cuando la cena estuvo lista, la anfitriona hizo pasar a su invitada al comedor. Una exquisita y fragante comida las esperaba. Pero la maligna zorra había servido todo sobre platos lisos como la palma de la mano y, mientras ella comía a dos carrillos, la pobre cigüeña, con su largo y puntiagudo pico, no pudo probar bocado.

Como era muy educada, disimuló su malhumor y fingió que le había agradado la cena. Pero —demás está decirlo— se dio perfecta cuenta de la pesada broma de su vecina.

Poco después, volvió a pasar la cigüeña frente a la casa de su astuta amiga y, luego de saludarla, le preguntó:

—¿Estás ocupada hoy?

—No, mi querida —respondió la zorra.

—Entonces —propuso la cigüeña, con falsa amabilidad—, me encantaría invitarte a cenar a mi casa. Quiero devolverte la atención que tuviste conmigo.

La zorra pensó que era una excelente oportunidad para comer bien sin gastar un centavo y aceptó complacida.

Llegaron a la casa de la cigüeña y, luego de charlar un rato, la anfitriona hizo pasar a su invitada al comedor. También aquí las esperaba una riquísima comida, pero no sobre platos lisos, sino dentro de panzudas botellas de largos y finos cuellos. Desde luego, la cigüeña devoró cuanto quiso, porque con su larguísimo pico podía llegar hasta el fondo de la botella. La zorra, en cambio, pasaba y repasaba su hocico por el borde, estiraba la lengua y solo lograba lamer el frío vidrio.

—Por lo visto, amiga zorra, te ha gustado mi comida tanto como a mí me gustó la tuya. Sin chistar y con la cola entre las patas, la zorra se volvió a su casa con la panza vacía. El tramposo no puede protestar cuando le devuelven sutrampita.

Versión libre de la fábula de Esopo